

relatado lo que acabamos de decir de Agapeto. San Sabas estaba aún con este discípulo, y habiendo pasado el Jordán, subieron juntos por lo largo del río y por la parte del septentrión, y llegaron á una montaña escarpada, donde vieron una caverna. El espíritu del Señor, que guiaba los pasos de san Sabas, le inspiró que entrase en ella. Allí halló á un anacoreta, y su primera diligencia fué orar, según la costumbre de los santos solitarios. Concluida la oración, este anacoreta le dijo con un tono de admiración: « Sabas, siervo de Dios, ¿quien os ha hecho conocer este lugar? Há trentiocho años que estoy en él sin que haya visto á nadie; ¿como, pues, os las habéis arreglado para venir? » — « El Señor que os ha revelado mi nombre, le respondió Sabas, también me ha conducido aquí. » Se saludaron mutuamente con los sentimientos de la fraternal caridad de los santos, y después de haber conferenciado juntos algún tiempo, el Santo se retiró con su discípulo. Volvieron allí así que hubieron recorrido algunos otros lugares donde su piedad los condujo, y habiendo entrado en la caverna, hallaron á este solitario de rodillas vuelto su rostro al Oriente. San Sabas creyó que estaba en oración, y aguardó que hubiese concluido. Pasaron lo restante del día aguardando así; pero viendo que la noche les caía encima, el Santo le dijo dulcemente como para tomar coraje: « Padre mío, encomendadnos á Jesucristo; » pero como no recibiera respuesta, lo consideró más de cerca, y se apercibió que estaba muerto. « Venid, hijo mío, dijo á su discípulo, rindamos á este solitario los deberes de la sepultura. » Hicieron por él las preces acostumbradas de la Iglesia; lo sepultaron en su gruta, y prosiguieron su camino después de haber cumplido religiosamente con este acto de caridad. Cirilo nota de paso, que en estas retiradas san Sabas pasaba la santa cuaresma sin tomar otro alimento que el de la santa Comunión, que recibía el sábado y domingo, y que cuando

se llevaba alguno de sus discípulos, quería que éste se llevase algunos pedazos de pan para nutrirse durante este tiempo.

Juan, sobrellamado Conón, padre de nuestro Santo, había muerto en Alejandria al hacer el patriarca Salustio la dedicación de la grande iglesia de su monasterio, llamada Teutista. Su madre, Sofía, habiendo sabido después las grandes cosas que su hijo hacía en la Palestina, y la reputación de santidad que allí había adquirido, vendió todos sus bienes y se fué á Jerusalén con grandes sumas de dinero. San Sabas le dió como un nacimiento espiritual en trueque del temporal que de ella había recibido, inspirándole la entera renuncia á las cosas del mundo; y tuvo la satisfacción de sostenerla en este piadoso sentimiento hasta su muerte, que acaeció algún tiempo después. Tuvo cuidado de tributarle sus últimos homenajes; y de aquello que ella le dejó al morir empleó parte en mejoras y en los jardines de su laura, y parte en edificar un hospital en Jericó. También construyó en su laura una enfermeria para los religiosos enfermos, y Dios hizo ver que nada emprendía que no fuese según su voluntad, por un favor de su Providencia que hizo á uno de sus religiosos que había mandado para hacer traer las maderas necesarias para este nuevo edificio. Este hermano, al volver de su viaje, en el camino se encontró tan oprimido por una ardiente sed, causada por el excesivo calor que hacía, que no podía dar un paso más. En esta estrechidad levantó los ojos al cielo y dijo: « Señor, que el Dios de mi santo padre Sabas no me abandone. » Apenas hubo pronunciado estas palabras, que se halló cubierto de una niebla que lo refrigeró, y dándole un nuevo vigor le acompañó hasta su laura.

Había á una pequeña legua de su laura el monte-Castello, que había sido infectado por los malignos espíritus, al cual nadie osaba acercarse. Sabas, de edad entonces de

cincuenta y cuatro años, proyectó ir á pasar allí la cuaresma, confiando en la protección del Señor. Se llevó aceite de la lámpara que ardía delante del leño de la vera Cruz, con el cual roció algunos puntos del lugar, y comenzó allí su retiro y su ayuno. Los demonios, avergonzados é irritados por verse afrontados en este asilo, hicieron horribles estrépitos para obligarle á retirarse, y, por un efecto de la debilidad humana, empezaba á sentir algún terror; pero Aquel que en otro tiempo había fortificado al gran Antonio contra estos espíritus de las tinieblas, reanimó su valor inspirándole que confiara en la señal de la santa Cruz; lo que hizo. Después de este momento despreció todos sus ruidos y todos sus prestigios, continuando sus ayunos y oraciones hasta el fin de la cuaresma. Entonces estos malignos huyeron todos juntos bajo la figura de cuervos, dando gritos espantosos, y le cedieron la plaza para siempre. Unos pastores que velaban fueron por ellos aterrorizados, y dijeron entre sí: A buen seguro que los siervos de Dios habrán venido á establecerse en el Castello, cuando los demonios huyen con tanto ruido y precipitación; vayamos allí, y veremos si esto es verdad. En efecto, al amanecer se dirigieron al Castello, donde hallaron al Santo, á quien relataron lo que habían visto. El sólo les respondió estas palabras de san Pedro: *No temáis á aquellos que os quieren intimidar* (Pet. 14); é idos en paz.

Volvió á la laura al fin de la cuaresma, y después de haber celebrado la fiesta de Pascua con sus religiosos, cogió algunos y juntos se fueron al Castello, donde preparó el sitio para levantar un monasterio, aprovechandose de algunos despojos que allí encontró para construir celdas. Descubrió también por un efecto de la Providencia, una casa secular muy vasta y construida con piedras muy hermosas, la cual estaba sepultada bajo un gran montón de tierra, y la destinó para servir de iglesia.

Mientras trabajaba en este nuevo edificio, faltó provisión; pero Dios, que velaba por sus necesidades, envió un ángel al abad Marciano, como hemos dicho en el capítulo precedente, para que le llevara; lo que ejecutó al momento. San Sabas lo recibió rindiendo á Dios acciones de gracias, en los mismos sentimientos con que David y el profeta Daniel lo habían glorificado por los auxilios que les había enviado; y con esto pudo adelantar más la construcción del monasterio, lo que hacía con santa alegría, pensando que trabajaba para la gloria del Señor.

Cuando el monasterio estuvo en condiciones de ser habitado, puso en él por superior á un anciano anacoreta, llamado Pablo, y á su discípulo Teodoro, por administrador. Pablo murió algún tiempo después, y Teodoro ocupó su plaza. Recibió en el número de sus religiosos á Vergio, hermano de Teodoro, y á su tío, llamado Pablo, ambos de Melitena, quienes fueron superiores después de él, y luego obispos de Amathonta¹ y de *Ailath*, después de haber gobernado su monasterio con mucha reputación.

San Sabas escogió para el monasterio del Castello religiosos igualmente avanzados en edad y en virtud, y con estos reunió allí una de las más respetables comunidades de la Palestina. También estableció una casa de noviciado á media legua de su laura, no queriendo que aquellos que renunciaban al mundo para abrazar la vida religiosa, fuesen de momento recibidos en la laura, ni en el Castello; sino que primeramente los formaba en el noviciado, y hasta, si eran demasiado jóvenes, los enviaba al monasterio de san Teodosio, que estaba á una legua y media de su laura.

Los novicios eran educados con gran cuidado en todos los deberes de la vida religiosa. Debían aprender de memoria el Salterio, y la salmodia para celebrar decorosa y reli-

¹ En la isla de Chipre.

giosamente el oficio divino, Eran muy probados por todos las prácticas de santo renunciamento, á fin de que muriesen bien en si mismos y se habituasen en las virtudes, y no pasasen de esta escuela á la gran laura, sino después que estuviesen purificados del afecto á las cosas del mundo, y se hubiesen ejercitado con fervor en el combate espiritual. « Es necesario, decía Sabas, que los que se destinen á vivir solos en las celdas de la laura, ya no tengan necesidad de instrucción sobre sus deberes, antes bien que estén en estado de darla á los otros. Conviene que sean templados, moderados, vigilantes, atentos en tener sus sentidos en regla, prontos en desechar la tentación, circunspectos en toda su conducta, y que teniendo su alma desgajada de los deseos de la tierra, en su soledad dirijan todos sus pensamientos y todos los movimientos de su corazón hácia Dios. » Tales eran los desvelos de este gran maestro de la vida religiosa en formar los novicios antes de admitirlos en la laura, donde viviendo solos en su celda, debían haber adquirido las disposiciones de los anacoretas, practicando fielmente durante largo tiempo las virtudes de los cenobitas.

Hemos dicho que Elpidio era abad del monasterio de san Pasarión. Tuvo sucesivamente por sucesores á Elias, Lázaro, Jeroncio, Anastasio. Este último y Lázaro menospreciaron la observancia por apegarse demasiado á los bienes temporales lo que introdujo allí el relajamiento. También la heregía, que se habia insinuado en los otros monasterios, habia causado en ellos tal libertinaje, que la mayor parte de las comunidades eran cuerpos sin cabeza, en las cuales cada uno se conducía según su capricho y sus falsas luces. Para remediar estos males, que el monje Cirilo deplora en su historia, el patriarca Salustio entregó al abad Marciano el gobierno general de todos los monasterios; pero muerto Marciano, Salustio convocó á los religio-

sos del territorio de Jerusalén, y *por su común sufragio*, dice Cirilo, estableció á san Sabas superior de todos los anacoretas, y á san Teodosio, de todos los cenobitas, como siendo uno y otro añade el mismo historiador, unos personajes separados de todo afecto á los bienes de la tierra, cuya vida estaba adornada de las virtudes, quienes habían recibido de Dios el don de la palabra, y estaban revestidos de su espíritu.

Elias, sucesor de Salustio en la silla de Jerusalén, quiso tener una comunidad de religiosos cerca de él. Al efecto asambleó á todos los que vivían en celdas separadas en la torre de David, y les construyó un monasterio cerca de su palacio y de la iglesia de la santa Resurrección, proveyéndolos de cuanto necesitaban para su sustento. Así que Sabas supo su traslado, compró las celdas que ellos habían dejado en la torre de David, donde hizo una enfermería para los religiosos de su laura, y también adquirió otras en el mismo lugar por la parte del norte para recibir á los monjes forasteros. Dios proveyó de un modo milagroso facilitándole el dinero que necesitaba para hacer estas adquisiciones; pues no teniendo la suma suficiente, recorrió á la oración durante la noche, y al día siguiente antes que saliera el sol, vió venir hácia él un desconocido quien le entregó ciento setenta piezas de oro, y al momento se retiró sin decir quien era, ni quien lo había enviado. También construyó dos enfermerías en Castello, un hospital cerca de Jerusalén y otro en Jericó, en un jardín que había adquirido.

El Señor cada día bendecía más sus piadosas empresas, que no tendían más que á su mayor gloria. Le envió dos Isaurianos, que eran hermanos según la carne, quienes después lo fueron según el espíritu por el hábito de religión, llamados el uno Teodulo y el otro Gelasio. El monje Cirilo dice que se podían comparar á Beseleel y Eliab

(Exod. 51), que Dios mandó á Moisés para construir el tabernáculo ; pues tenían un talento particular para los edificios, y le sirvieron de mucha utilidad, qual otro Moisés, para levantar casas al Señor. Con su auxilio construyó una panadería y una enfermeria para los Armenios, cuyo número se había aumentado considerablemente ; y como el oratorio que les había dado, ya no los pudiera contener, les edificó una iglesia muy hermosa en honor de la santa Virgen, cuya dedicación hizo el patriarca Elías el día primero de julio y á los sesentitrés años de nuestro santo. Añadió á todos estos monumentos de su celo para el provecho espiritual y temporal de sus religiosos, grandes receptáculos de agua del torrente para su jardin.

Después que hubo dado á los Armenios la nueva iglesia, les permitió continuar como antes en cantar en ella el oficio y otros cánticos en su lengua ; pero ordenó que el *trisagio* sólo se cantase en griego, para que fuese entendido por todos los Helenistas, es decir, por aquellos de sus discípulos que entendían el idioma griego. Le obligó á tomar esta precaución el saber que algunos de estos Armenios querían cantar este himno angelical con la adición de Pedro el Batanero, uno de los principales fautores de la heregia de Eutiques, y que consistía en estas palabras *Que habéis sido crucificado para nosotros*, á fin de atribuir en general la pasión á la santísima Trinidad, lo que renovaba el error de los Sabelianos. Sobre lo cual el monje Cirilo observa con razón que el Santo en esta ocasión obró conforme á las reglas de la justicia y piedad, no permitiendo que innovase por adición alguna temeraria y falsa lo que la Iglesia había ordenado, y cuidando que guardasen inviolable la tradición eclesiástica. También dispuso que el sábado se haría la colecta en la grande iglesia de la laura Teutista, y el domingo en la de la santa Virgen ; y por último quiso que en ambas iglesias se hiciera la vela sa-

grada — todos los domingos, desde el anochecer hasta el día siguiente por la mañana.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE SAN SABAS.

El demonio, quien no podía ver tan hermosas instalaciones y tan santas instituciones como espectador ocioso, despertó en el alma de los descontentos, de quienes hemos hablado más arriba, el resentimiento que antes habían manifestado al patriarca Salustio contra san Sabas, y creció aún por la envidia que les causó la bella disciplina que había establecido en el monasterio del Castillo, y por la inspección que el patriarca le había dado sobre todas las lauras y los anacoretas del territorio de Jerusalén. No se declararon de momento ; sino que procurando inspirar su pasión á los espíritus fáciles de seducir, se hallaron por fin reunidos en número de cuarenta, con el propósito de perderle. Cada día le tendían un nuevo lazo, y por último lo contrariaron tan fuertemente, que el siervo de Dios, temiendo que esto pasara á ser ruidoso y á producir escándalo, juzgó que haría bien en retirarse ; pues había aprendido, dice su historiador, á combatir contra los demonios con la fuerza de la gracia, y á ceder á los hombres en un espíritu de dulzura.

Se fué, pues, por la parte de *Scythopolis*, á una caverna donde un león acostumbra retirarse. Habiendo este feroz animal comparecido hácia la media noche, lo halló dormido, y le cogió dulcemente con los dientes por la estrechidad del vestido para sacarlo fuera. El Santo se despertó, y bien lejos de quedar horrorizado por la vista de este